



Bienvenida al año lectivo 2021

María Rocío Arango Restrepo¹

Desde el año pasado nos estamos enfrentando a un desafío sin par en la historia reciente: intentar convenir otras normas, poner en práctica otros hábitos, establecer otros modos de encuentro y otras formas de vivir nuestras relaciones sociales.

El año pasado nos enfrentamos a demonios que no sabíamos que nos habitaban. Nos miramos ante un espejo que nos mostró imágenes contradictorias de nosotros mismos. Nos descubrimos dispuestos al cambio y, al tiempo, frágiles e inseguros. ¡Cuánto nos ha enseñado esta pandemia sobre nuestra condición humana!

Entramos como intrusos a las casas de nuestros estudiantes y en muchos casos fuimos testigos de las inequidades sociales, de sus dificultades familiares, económicas y afectivas, a veces no confesadas por ellos mismos. ¡Hay que ser muy indolente para no saber cuán difícil la están pasando algunos de nuestros estudiantes!.

Aprendimos mucho y rápido. Descubrimos habilidades, destrezas, capacidades que no sabíamos que teníamos y las pusimos al servicio de nuestro quehacer para mantener, de un modo completamente distinto, la vida universitaria.

Y aquí estamos, comenzando el 2021, afortunadamente, con más preguntas que respuestas. Sobre la pandemia tenemos más información que hace un año y ya sabemos que la cosa va para largo. Es hora, entonces, de **hacer lo necesario y no contentarnos con lo**

¹ Profesora Titular del Departamento de Humanidades marango@eafit.edu.co

posible, como dijo el profesor Jorge Giraldo Ramírez en una columna reciente.

Es hora de domar los miedos, de ser prudentes y de **reforzar**, tantas veces como sea necesario, **los hábitos** que nos permitirán cuidar los unos de los otros. Estas cosas no se aprenden en la calle. Las normas sociales no se declaran por decreto o por twitter. Se crean, piensan, analizan, refuerzan, evalúan y se vuelven habituales y corrientes a partir de una recurrente interacción social concernida.

La Universidad es, sin lugar a dudas, una de las instituciones más capacitadas para **pensar**, de manera reflexiva y crítica, y para **proponer**, de manera prudente, modos de vida alternativos que nos permitan una vida plena, abundante y feliz. La vieja lección socrática aún sigue vigente: la vida es un oficio, aunque no lo parezca; por tanto, el asunto no consiste en el mero vivir sino, sobre todo, en cómo vivir bien (sobra decir que no hacía referencia únicamente a la satisfacción de necesidades materiales).

Así las cosas, la semana pasada nuestra rectora nos pidió hacer un **boceto a mano alzada** para pensar lo que sería el regreso paulatino y prudente al campus. Un nutrido grupo conformado por la vicerrectora de aprendizaje, el decano de la Escuela de humanidades, Exa, el equipo de Comunicación y algunos profesores de la Maestría en Estudios del comportamiento iniciamos una conversación que luego enriquecimos con la investigación liderada por la Escuela de Ciencias y los comentarios e ideas de los vicerrectores, decanos y, por supuesto, de nuestra rectora.

Esa conversación inició con una pregunta: ¿Qué queremos conservar? La respuesta puede resumirse en tres palabras: La vida universitaria.

La vida universitaria es, en esencia, encuentro e interacción con otros. Dicha interacción tiene una característica distintiva: el **desafío permanente de querer aprender juntos**. Ese desafío estimula nuestro propósito y nuestras actividades sustantivas: la docencia, la investigación y la proyección social. Y, además, inspira las acciones de apoyo administrativo y logístico. Todos, tanto en el campus como fuera de él, hemos de disponernos para la consecución de aprendizajes fecundos, relevantes y pertinentes. No es ocioso decir que la vida universitaria significa también gozar del campus, de sus espacios verdes, de sus rincones silenciosos o bulliciosos, de su animada vida conversacional y de disfrutar de los servicios que este nos ofrece: la biblioteca, los súpercomputadores, los cafés, restaurantes, escenarios deportivos, servicios médicos, y demás cosas similares.

Así pues, eso que nos anima es **CONSERVAR LA VIDA UNIVERSITARIA**.

Acto seguido, nos preguntamos qué debíamos hacer para lograrlo, toda vez que las cifras de contagios, los confinamientos y los toques de queda no dan tregua. ¿Seguir encerrados? ¿Escuchar todos los días las

referencias a la indisciplina, a la falta de cuidado, a la irresponsabilidad ciudadana, y no hacer nada, o casi nada para cambiar la situación? El fin último expresado en nuestro propósito superior declara "que la esencia fundamental de una universidad [...] es formar seres humanos que actúan en sociedad". Y es ahora, en estos tiempos tan raros, cuando se hace necesario **FORMAR PARA EL CUIDADO, LA CONVIVENCIA Y EL APRENDIZAJE.**

¿Cómo hacerlo? Mediante acciones que, fundadas en la prudencia y la confianza, **fomenten el cuidado de sí y de los otros.**

Acordadas estas premisas, elegimos entonces cuatro palabras que nos ayudaran a desplegar y darle sentido a las acciones necesarias para conservar la vida universitaria. Estas palabras son: nosotros, conexión, aprendizaje y cuidado.

NOSOTROS

Reiteramos que EAFIT es un conjunto de personas vinculadas por un desafío e interés común: **Aprender juntos.** Esta comunidad, compuesta de profesores, personal administrativo y aquellos que nos prestan los servicios de apoyo, dispone todos sus recursos para que, en un período de tiempo que varía según los programas académicos que ofrecemos, logremos hacer de nuestros **alumnos** unos **estudiantes estudiosos** (personas íntegras que han logrado **aprender a aprender y que esperamos lo seguirán haciendo a lo largo de su vida**).

También hacen parte de nuestra comunidad los núcleos familiares. Ellos apoyan emocional y económicamente nuestra labor al proporcionar las mejores condiciones posibles para que sus hijos, sobrinos, nietos o amigos cumplan el sueño de ser lo que quieren ser.

Y por último, pero no menos importante, también hacen parte de nuestra comunidad las ciudades, regiones y países con los que interactuamos o de donde provienen o ejercen su profesión nuestros estudiantes y egresados.

A ellos les debemos la impecabilidad de nuestras acciones formativas, investigativas y de creación.

CONEXIÓN

La segunda palabra es **CONEXIÓN.** Entendida como tejido de ideas, urdimbre de intereses y aspiraciones, trama de búsquedas individuales y colectivas y, situados en el contexto actual, puesta en red de los equipos de comunicación y de cómputo.

Nos conectamos mediante la presencia física y la remota. Potenciamos la disposición para la enseñanza y el aprendizaje a través de la presencia plena que exige el acto pedagógico. Actuamos colectiva, y conectivamente, para lograr objetivos compartidos y cuidar unos de otros. Divulgamos nuestros descubrimientos, creaciones artísticas y los

logros de nuestro aprendizaje. Y, por supuesto, nos hacemos co-responsables de nuestro entorno mediante múltiples acciones que van desde los servicios de bienestar y promoción cultural hasta la oferta de servicios socialmente pertinentes y respetuosos del medio ambiente. Esto, sin olvidar que esta co-responsabilidad se materializa en la calidad académica, rasgo primordial de nuestro quehacer profesional.

APRENDIZAJE

La penúltima palabra es **APRENDIZAJE**. La Universidad, como institución social, es la guardiana de la tradición de los saberes y, al tiempo, es el escenario por antonomasia de la construcción de nuevos conocimientos. La quintaesencia de una universidad es la pregunta, y por consiguiente el vehículo de cualquier aprendizaje son los diferentes rostros que toma la pregunta. Por eso ella está llamada a interpretar y darle sentido a lo confuso, a tornar familiar lo que es ajeno, a visitar parajes conocidos otorgándoles otras miradas, a ayudar a resolver las tensiones derivadas de la cotidianidad, a recomendar rutas de acción públicas y privadas y a transformarse en un genuino crisol de aprendizaje cultural. Lo ha hecho desde su origen y todo nos hace suponer que lo seguirá haciendo en los años venideros.

EAFIT es una comunidad que aprende. Esta es una de nuestras señas de identidad. En nuestra vida universitaria coexisten múltiples experiencias individuales y colectivas en permanente diálogo, tendientes a favorecer el horizonte del aprendizaje: Aprendemos enseñando, enseñamos a aprender, indagamos, preguntamos, descubrimos nuevos modos de hacer y de interpretar el mundo, creamos y recreamos mundos posibles y dialogamos con nuestro entorno más cercano y también con el más lejano.

La riqueza y abundancia de nuestras experiencias se nutren, y a la vez alimentan, los encuentros colegiados, las reuniones que congregan a personas que aceptan el desafío de aprender juntas. Por supuesto, el encuentro universitario por excelencia es la sesión de clase. Pero no es el único: Los grupos de investigación y los semilleros, los consejos académicos y de escuela, los comités de programa, las asambleas de carrera, los grupos estudiantiles y demás reuniones que se celebran día a día tienen el propósito de disponer todo lo necesario para enriquecer la reflexión, el pensamiento crítico, la argumentación y las prácticas cotidianas que nos permiten hacer de nuestros alumnos unos seres humanos cuidadosos e interesados en hacer del aprendizaje un estilo de vida.

CUIDADO

La última palabra es **CUIDADO**. Somos atentos, diligentes, solícitos y solidarios en la ejecución de las acciones que cada uno de nosotros lleva a cabo en el seno de la comunidad universitaria y fuera de ella. Nos importa que la ayuda y colaboración brindada a los otros sean sinceras, pues no tiene sentido hablar de solidaridad sin que medie un

sólido vínculo con los demás. Por ello, nos interesa no solo nuestro bienestar físico, mental y emocional sino, también, el de aquellos con quienes compartimos la vida. Recordemos esa regla ética surafricana según la cual "somos y por lo tanto soy, y dado que soy, entonces somos". A esto es a lo que ellos llaman Ubuntu.

Además de interesarnos por el bienestar, promovemos la convivencia. Esto es, coordinamos nuestras acciones con los demás con el propósito de vivir bien juntos. Por ello reforzamos la mutua regulación de los comportamientos, impulsamos el autocuidado, privilegiamos la salud sobre los deberes. No queremos héroes que den su vida por el trabajo, ni sacrificios inútiles que vayan en contra de lo que cada uno comprende como una vida buena y feliz.

Aunque en el entorno de esta pandemia hemos enfatizado, y lo seguiremos haciendo, tres comportamientos recurrentes -- usar mascarilla, lavarnos las manos y mantener el distanciamiento físico (no social aunque así lo llame la mayoría)--, esto no significa que allí termine el espectro de nuestros hábitos. Saludar, despedirse, fijar reglas del juego en la primera clase, observar y reportar nuestros síntomas de salud, respetar el tiempo de ocio y el descanso, entre otras, son acciones a las que nos acostumbramos porque le dan sentido a lo que hacemos. Esa es parte de nuestra tarea: enseñar y aprender otros modos de proceder y conducirnos en el mundo.

Además de las 4 palabras que les acabo de mencionar, construimos una consigna y un hashtag de fácil recordación. Estos tres elementos: palabras clave, consigna y hashtag no son caprichosos ni pretenden seguir una moda o una tendencia, mucho menos reducir algo importante a una mera expresión que nos haga tener la ilusión de haber resuelto un problema real.

Las palabras, fáciles de recordar, marcan el énfasis que le pondremos a nuestras acciones; la consigna sirve de guía para elegir rumbos de acción y el hashtag nos mantiene conectados y presentes con las distintas comunidades de las que hacemos parte.

Ahora bien, la semana entrante comenzaremos las clases. Como bien lo saben, esa sesión la dedicamos a la construcción colectiva del pacto pedagógico que hasta ahora, dedicábamos, fundamentalmente a conversar sobre aspectos académicos: propósitos, contenidos, métodos de enseñanza-aprendizaje y evaluaciones.

El propósito de formar para el cuidado y el aprendizaje implica ampliar el horizonte de este pacto. Además de trazar con claridad la hoja de ruta de cada curso, dediquemos una parte significativa de la sesión a crear y reforzar, acordar y coordinar las condiciones que nos permitirán hacer del cuidado de sí y de los otros una acción recurrente y con

sentido. No importa si las clases son presenciales, combinadas o remotas.

Por ello, permítanme esbozar algunas **sugerencias** que nos permitan ir en la senda del reforzamiento de los comportamientos deseados respecto del cuidado y prepararnos para un regreso prudente, cuidadoso y paulatino al campus.

La primera es reforzar los hábitos que nos permiten conservar y mejorar la salud física y mental. Subrayemos la importancia de la autorregulación de los comportamientos. El autocuidado, como muchos creen, no es un hábito egoísta. Tener tiempo para el cuidado de sí mismos no significa que se descuiden nuestras obligaciones familiares o laborales. Kelly McGonial, psicóloga de la salud y profesora de Stanford, en entrevista con el New York Times, el pasado 14 de enero, plantea esta pregunta "¿No sería estupendo que aprendiéramos a apoyarnos en nuestra interdependencia, y que pudiéramos tener algún tipo de alegría al saber que cuando me cuido a mí misma, a menudo también cuido a los demás?"

La segunda es a maximizar la conciencia de las bondades que trae consigo la observación de las normas. De nuestra disposición a comprender las consecuencias positivas, inmediatas y futuras de las normas sanitarias depende que podamos disfrutar de los encuentros sociales y académicos y gozar de los espacios y servicios que nos brinda el campus.

En tercer lugar, los invitamos a usar los espacios abiertos, aireados y confortables del campus para pequeñas reuniones, clases abiertas o asesorías a estudiantes, por poner solo algunos ejemplos. Quienes vayan a trabajar de modo remoto pueden pensar en uno o quizás dos encuentros cortos con sus estudiantes en el campus. Es importante que lo planeen desde ahora para que las distintas dependencias administrativas que cuidan de nuestra estancia en el campus garanticen que los espacios estén disponibles y, sobre todo, que el aforo sea el adecuado.

Un cuarto asunto tiene que ver con la atención a los detalles. Parafraseando a algunos teóricos del marketing, cabe hablarse de *instantes de verdad*. La expresión es muy bella. El instante de verdad obra como marco para que se produzca el encuentro con el otro y de él emerja un desvelamiento de lo desconocido (lo que no sabíamos de alguien más, lo que dábamos erróneamente por sentado, lo que no habíamos sido capaces de suponer). Es el instante en el que se concretan, tras la revelación, acciones pequeñas y detalladas, líneas de acción, otras representaciones mentales, nuevos planes, estrategias, ordenamientos, modificaciones de conductas, etc., conducentes todos a solidificar la preocupación por los otros y el cuidado de sí. Todo cuenta: la mascarilla puesta en su lugar, la disposición de las sillas, el orden del discurso en nuestras clases, el uso

del tablero... Todo lo que hagamos, especialmente en las sesiones de clase, nos ayudará a mantenernos conectados, a aprender y a cuidarnos.

En quinto lugar, evitemos la falsa seguridad que proporcionan algunas medidas y no caigamos en la tentación de inventarnos protocolos, reglas, normas o directrices que no está en nuestras manos poder controlar.

Por último, compartamos nuestras vivencias y experiencias. Es el modo más expedito de aprender haciendo. Conversemos con nuestros compañeros de trabajo y con nuestros jefes, utilicemos los medios institucionales para sugerir cambios y proponer acciones para que la vida en el campus, y fuera de él, fluya fácil y provechosamente.

El reto que nos congrega: conectarnos con el cuidado y el aprendizaje, lo abordaremos con dos viejos compañeros de faena: el conocimiento y la acción colectiva. La distancia física no nos impide trabajar juntos.

Si unimos voluntades y conocimiento encontraremos respuestas y nuevas preguntas.